

había explorado los montículos vecinos á la campiña árida sobre que trotábamos, señaló dos avutardas, apellidadas *ubaras*.

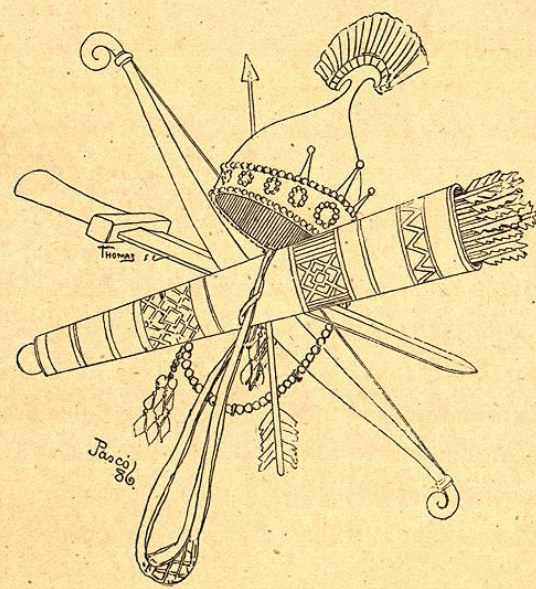
El *Khan* hizo una señal, y un halconero puso en su puño el pájaro cazador. Por la manera como el halcón estaba armado y asegurado, juzgué que sería maestro en el arte. Una bonita caperuza de colores vivos cubría su cabeza; los agujeros por donde miraba estaban bordados primorosamente con perlas finas. Un cordoncillo de oro y seda, suspendido sobre su cuello, sostenía un diminuto amuleto de nácar y marfil en forma de flor de lis. Una liga de cuero verde, terminada por un cascabel, apretaba el tarso del halcón.

Estaba observando todos estos detalles, cuando me enseñó, impresas en el suelo, trazas de los animales que buscábamos. Realmente, se notaban las señales repetidas de tres dedos, que se reunían á una especie de talón.

No es ocioso decir algo acerca de la avutarda. Es una ave de piernas altas, pico largo y bastante duro para abrir la tierra, buscar su sustento y depositar los huevos; su marcha es rápida con la ayuda de las alas, pero su vuelo es algo pesado.

La avutarda no puede posarse sobre los árboles, por carecer de dedo posterior para agarrarse de las ramas; su plumaje es gris, amarillento, con rayas negras en la cabeza, cuello y pecho. Es ave de carne muy apreciada.

Llegamos, por fin, al momento por mí tan suspirado. Despojóse de su caperuza el halcón, que, sin mostrarse sorprendido, desplegó sus alas, de la misma suerte que se despereza un hombre fatigado, extendiendo los brazos y respirando ruidosamente. Su dueño le dirigió algunas frases de aliento, que el halcón pareció comprender á maravilla. Sus ojos se dirigieron



fijos hacia un punto del horizonte; tendió el cuello en aquella dirección, y pareció recogerse un poco. Era que veía á su presa, á la cual nosotros aun no distinguíamos. El ave cazadora hizo dos ó tres estremecimientos con las alas; y su dueño, que no aguardaba más que esta señal, abrió la mano, soltó los lazos, y el halcón partió, primero con un vuelo casi horizontal, y después remontó los cielos cuando vió, sin duda, que dominaba á la avutarda, que apareció á lo lejos, batiendo pesadamente el aire, sin alejarse mucho del suelo. Viéndose vigorosamente perseguida, tuvo la desdichada idea de elevar el vuelo, en lugar de ocultarse debajo un matorral ó meterse en algún otro escondrijo. Cuando comprendió su falta, y quiso descender, el halcón, rápido como una flecha, cayó sobre su presa, se lió con ella, y ambos dieron con su cuerpo en el suelo.

El desenlace fué rápido como el rayo; y, cuando acudimos, la víctima lanzaba los últimos estertores, herida por las garras del halcón.

Separamos al verdugo de la víctima, que había empezado con gran fruición á arrancarle las plumas.

El halcón obedeció á su dueño, que le llenó de caricias y halagos, y le regaló con un soberbio trozo de carne.

El pequeño drama aéreo, que sólo había durado escasamente un cuarto de hora, me interesó sobremanera. Así es que dirigí sinceros cumplidos á mi compañero de viaje.

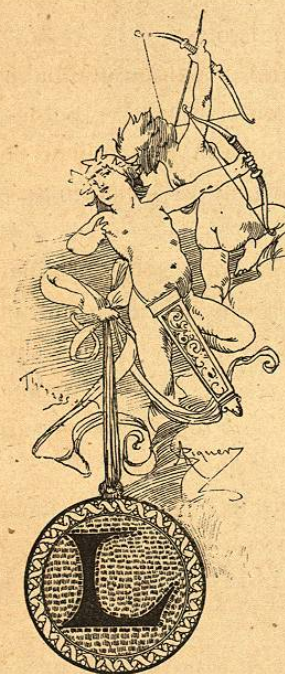
Llegamos á un hermoso sitio sombreado por árboles, á orillas de un murmurador riachuelo.

Se levantaron las tiendas, se preparó el desayuno, y tras un día fatigoso gozamos de las delicias, de las comodidades propias de un previsor y acaudalado magnate.»

CAPITULO VII

GRECIA: SUELO Y FLORA GRIEGAS; DIANA CAZADORA

I



A caza en Grecia! Es imposible evocar el recuerdo de Grecia sin sentir señoreado el espíritu por honda y dulcísima emoción. Han transcurrido siglos y más siglos, y la civilización griega es estudiada con verdadera fruición y encanto por las modernas generaciones.

Los libros clásicos de los historiadores, filósofos y poetas helenos, los restos de las obras arqueológicas, ruinas, piedras borrosas del Ática y del Peloponeso, son purísimas fuentes, con avidez consultadas, no sólo por los sabios, sino por todos los que rinden culto al estudio.

Es que la civilización griega encierra un vasto tesoro para todos. El hombre pensador encuentra allí un semillero de filósofos como Sócrates, Platón y Aristóteles, cuya poderosa inteligencia asombra al mundo; el poeta, á genios como Homero, Aristófanes y Sófocles; los historiadores, á cronistas como Tucídides, Polibio y Jenofonte; y los artistas, el recuerdo de Fidias, Praxiteles, Scopas y Lysipo.

Por doquier su teogonía revela el camino tenebroso del error que recorrieron aquellos pueblos helénicos, importando del Egipto la mayor parte de sus dioses y supersticiones; pero, entre los guijarros á que equivalen sus groseros errores, hállanse pedazos de oro puro.

Á todos estos elementos debe acudir el que quiera estudiar con algún detenimiento alguna de las instituciones de la civilización griega.

La historia señala como al primer pueblo poblador de Grecia á los pelasgos, que se conjetura son de origen ario, y procedentes del Cáucaso, y que invadieron Grecia veinte siglos antes de la venida de J. C.

Rama del tronco ario, los pelasgos, en su peregrinación, fueron grandes cazadores. Sus armas, toscas y primitivas, fueron las más artificiosas y perfectas labradas en bronce, pues desconocían por completo el uso del hierro.

Los helenos, arios degenerados, abandonaron á su vez las orillas del Cáucaso, perdieron de vista las mesetas del Irán, y siguiendo unas veces las sendas abiertas algunos siglos antes por los pelasgos, y otras abriendo nuevas vías, atravesaron bosques y espesísimas selvas, flanquearon montañas y vadearon ríos, alimentándose á su paso con el producto de la caza, principalísimo alimento de las razas vagamundas, ó en los comienzos

y albores de la civilización. La caza y la ganadería son los dos únicos elementos de los pueblos emigrantes, pues, como hemos observado repetidas veces, la agricultura necesita del estado de sosiego y de cultura.

Los helenos expulsaron á los pelagos, y quedaron dueños de Grecia.

II

¡Grecia! Hermoso escenario que, una vez descrito, poblaremos de dioses y semidioses con su cortejo de ninfas y héroes que llenaron sus bosques de olivos y laureles-rosas, con los rumores de sus poéticas cacerías.

Grecia es una península en forma de triángulo, apoyada por su base en la Turquía Europea, que se prolonga hácia el mediodía, adelgazándose en el istmo de Corinto, y concluye con el Peloponeso, suerte de península que semeja á una hoja de morera unida por tenue tallé al continente. Añadid alrededor un semillero de islas, islotes y promontorios, bañados por el mar azul y azotados por la espuma, y tendréis una idea fiel del conjunto etnológico de Grecia.

Al norte del mar Egeo el clima es riguroso, semejante al de Alemania del Centro; la Rumelia no cosecha los frutos del mediodía, ni brotan los mirtos en sus costas.

El paisaje griego varía de una manera asombrosa. A los 40 grados, esto es, en Tesalia, aparecen los bosques siempre adornados de verdor; á los 35 grados, en Fócida, la brisa tibia del mar y de sus costas hace crecer el arroz, los algodonerós y los olivares. En la Eubea y el Ática, brotan ya algunas palmeras, que abundan en las Cyclades. En la costa oriental de la Argólida, perfuman la atmósfera bosques espesísimos de naranjos y limoneros, y en Creta se sazonan ricos dátiles africanos.

En Atenas, centro de la civilización griega, los más preciosos frutos del mediodía nacen espontáneamente. Cada veinte años, caen algunos copos de nieve sobre el Ática, y el calor del verano hállase templado por las brisas del mar, y, salvo algunos huracanes de la tierra ó del siroco, la temperatura es deliciosa.

Los antiguos griegos creían que la temperatura y bonanza de que gozaban era un espléndido don de los dioses.

«Dulce y elemente,—decía Eurípides,—es nuestra atmósfera; el frío del invierno carece de rigor, y los dardos de Febo no nos dañan;» y añade más adelante el poeta: «¡Oh vosotros! descendientes de Erechthea, seres afortunados de la antigüedad, hijos predilectos de los dioses; cosecháis en nuestra sagrada patria la sabiduría, como un fruto de vuestro suelo, y vivís, con dulcísimo arrobó, en el éter esplendente de vuestro cielo, donde las nueve musas sacras de Pieri nutren la Harmonía. Se dice que la diosa Cipris ha cogido, en las aguas del Ilisus, olas de espuma, que ha derramado sobre el país trocadas en dulces y suaves céfiros; y que la seductora diosa, coronándose de perfumadas rosas, envía á los amores á reunirse con la sabiduría venerable.»

Á través de las exageraciones del poeta, se entrevé la verdad, ó sea la temperatura deliciosa que se gozaba en la antigua Grecia.

Los discípulos de San Huberto que, á fuer de buenos estratégicos, no concebirían la venatoria separada de un conocimiento algo detallado de los sitios y lugares donde se han de desarrollar las cacerías, nos perdonarán seguramente gustosos estos preliminares.

Grecia forma una intrincada red de montañas. El Pindo, su arete central, prolongado hácia el mediodía por el Otrys, el Eta, el Parnaso, el Helicón, el Citerón y sus estribaciones, forman una cadena, cuyos múltiples anillos van á traspasar el istmo, á unirse y mezclarse con las del Peloponeso. Las islas que circundan á Grecia ofrecen el aspecto de montañas y montículos hundidos en el fondo de las aguas.

El terreno heleno, tan abrupto, tan cortado, apenas tiene llanuras; por doquier aparecen los riscos, las rocas, los pedruscos, la piedra desnuda; pequeños riachuelos, torrentes casi siempre secos.

El suelo del Ática es pobre y raquíico; pero las hermosas islas de mármol que esmaltan el azul del mar Egeo, vense pobladas de bosquecillos de cipreses, laureles y palmeras.

El Ática, país más espléndido á los ojos que útil para las necesidades de la vida, debía forzosamente modelar montañeses, cazadores esbeltos, activos y sobrios.

Los antiguos griegos señalaban las diferencias notables entre el cazador beocio y el ateniense. El primero, nutrido en las llanuras grasas de la Beocia, y alimentado con la carne de las liebres y ciervos de sus bosques, y con las anguilas pescadas en el lago Copais, era tragón, bebedor y de inteligencia tardía, robusto pero no ligero; el segundo, nacido en el suelo peor de



LOS CAZADORES DE AGILUCHOS, POR JAN' DARGENT